

disección, uno de los elementos de la descomposición cadavérica de Baudelaire, cuyos esparcidos miembros se han repartido nuestros poetas, habiendo heredado Rollinat su « necrofilia » y su « anxiomanía »; Catulo Mendès, su sensualidad; Richepin, sus blasfemias; Villiers de l'Isle-Adam, Barbey d'Aurevilly y Joséphin Péladan, su diabolismo, pues tal es la herencia de Alejandro; en cuanto á Verlaine, le correspondía por su parte la mezcla de deleite y de piedad.

Pero si Max Nordau abandona los ascendientes del autor de *Sagesse*, para examinar á éste en particular, la definición que de él da demuestra un raro don de análisis, puesto que esa síntesis que constituyó la personalidad de Verlaine, se disolvió en la probeta en « degeneración en el cráneo asimétrico y en el rostro mongoloide de vagabundo impulsivo » en « dipsomanía paroxística » ingeniosamente relacionada con el caso de un conductor de ómnibus que estuvo en la clínica del doctor Legrain; en « onomatomanía, musitación, embotamiento », erotismo misticismo de « circular », aunque este último término no tenga aspecto suficientemente noble, y Max Nordau se excusa de haberlo tomado de la psiquiatría francesa. He aquí su diagnóstico. Semejante riqueza de epítetos, sonando bajo un solo cráneo, no pueden ser indicio despreciable. Resulta de esto claramente que nos hallamos en presencia de un ser extraño. ¿ En qué sentido lo fué? Fué un insociable. No se entienda por esto un solitario, ni mucho menos un rebelde.

Le gustó el trato de sus semejantes. Pero jamás se aclimató á su época. No admitió ni comprendió las convenciones sociales, vivió al margen de la sociedad no por repugnancia hacia nosotros, sino siguiendo sus preferencias, sin amargura ni cólera. Todavía concebía Juan Jacobo un contrato social. Para él de nada le hubiera servido. Le fué imposible plegarse á nuestros usos de gente civilizada. No fué ni malo ni nocivo; no obró y ni siquiera reaccionó. Fué el hombre de la naturaleza y se mostró dócil á todos sus instintos, incluso los peores.

Ser instintivo, fué débil, sin voluntad, sin resistencia, traqueteado en el fangoso lago de los vicios, borracho, calavera vergonzante, — pero cándidamente, sin ningún cinismo, casi inocentemente y semejante á un arbusto que florece triunfante en pleno sol sin saber que sus flores son venenosas. Su moral es tan rudimentaria que apenas existe. En cuanto á la moral de todo el mundo, la ignora, y no la tiene en cuenta, como si se tratase de una convención desdeñable. No deja de sospechar que sus hermanos los hombres tienen una regla de conducta, máximas directivas, pero no sabe cuales. A veces se figura haberlo adivinado y parece orgulloso de ello.

Et vous savez, je suis fier et net, et tout!<sup>1</sup>

1.

¡Soy-neto, altivo y todo!

¡Neto! se lo figuraba de buena fe. Parecía un ciego hablando de la luz. Vivía separado de la ley moral en la misma ignorancia en que casi todos estamos con respecto á la jurisprudencia. Y seguía su camino buenamente, siendo una suerte el que no rompiese nada á veces.

Á lo menos ¿podía instruirse, adquirir una moralidad? Ni lo deseaba ni tenía fuerza para ello. Desprovisto de principios, arrastró bajo la hopalanda azul de los hospitales, bajo la chaquetilla gris de las prisiones, y bajo su gabán ordinario<sup>1</sup>, su desidia inconsciente é irresponsable. Su único cuidado consistió en librarse de toda obligación, pidiendo solamente que le dejasen tranquilo, para que pudiese ir y venir á su antojo, y ocuparse á su manera.

Juan Jacobo Rousseau llevaba una levita, lo cual no era una moda vulgar; Verlaine mostró menos coquetería y para su traje le bastaba: « Vestidos propios de su estado con las menos manchas y agujeros posibles. »

Toda su vida demostró la necesidad instintiva de no caminar en las filas de los demás, de aislarse, fuera y por debajo de la vida social.

Sus ensayos de volver á ella jamás fueron duraderos ni alentadores. Fué casado: ¿podía haber tenido ambición más irracional? Recibió el castigo con la separación que le fué muy dolorosa. De joven, se le vió en algunos salones, en casa de Nina de Callias, en casa de Banville, donde se estaba entre hombres y donde fumaba « cigarrillos como un tigre ». ¿Qué iba á hacer allí? No volvió más en su vida, y más tarde, queriendo dar idea de un sueño extravagante, fantástico por su inverosimilitud, cuenta que soñó que estaba en un baile.

Mon rêve était au bal, je vous demande un peu<sup>2</sup>.

Prefirió la calle á los salones. La buena sociedad no existía para él. Vivió andrajoso, miserable, gastando su dinero, cuando lo tenía, en el café y en la taberna y entre las visitas de Pluto, solía hacer algunas paradas en el hospital. Había previsto su vida, y por una vez había acertado la astrología:

Or ceux qui sont nés sous le signe de Saturne,

Fauve planète, chère aux nécromanciens,

Ont entre tous, d'après les grimoires anciens,

Bonne part de malheur et bonne part de bile<sup>3</sup>.

1. Aun me parece que le estoy viendo la célebre noche en que Vaillant lanzó la bomba en la Cámara de los Diputados. Asistía, rodeado de jóvenes, el poeta á una de las comidas literarias que organizaba el periódico *La Plume*, en un café de la place Saint-Michel. Con su rostro surcado por prematuras arrugas, sus andar poco seguro, sus espesos mostachos, su barba canosa y descuidada, su sombrero bajo de anchas alas, su carrick inverosímil, su gran pañuelo de hierbas y su cayado en la mano tenía aspecto de viejo domine. (N. del T.)

2. Yo soñaba en el baile... ¿Qué les parece á ustedes!

3. Todos los que en el signo nacieron de Saturno,  
El rojizo planeta caro á los nigromantes,  
Según los mamotretos de edades ya distantes,  
Tien esa pésima suerte y gran dosis de bilis.

No sé si Saturno entró en ello por algo, pero si seguramente el cariño imprevisor de una madre que, mimando con exceso á aquel niño, le preparó mal para la vida, y le dejó desarmado, débil é impotente para dirigirse por sí mismo.

El cariño de los padres es con frecuencia el mayor obstáculo para las victorias futuras de los hijos en el combate por la vida.

El relato de su miseria es desconsolador y oprime el corazón cuando se lee tan lamentable odisea, y si algo puede servir de consuelo al lector en aquel momento, es el pensar que él mismo siente casi más tristeza que Verlaine. Fuera de algunos sollózos célebres, este desgraciado no vive tan triste como podría creerse. Posee una maravillosa dosis de resistencia, de filosofía y de indiferencia robusta. Cierta día, en Bruselas, habiendo reñido con su demasiado famoso amigo Artur Rimbaud, le disparó dos tiros de revólver. Se enteró en seguida de que semejante uso no estaba permitido, y le metieron en la cárcel de Mons.

Entremos á verle, penetremos en el patio en que pasean en rueda marcando el paso los presos vestidos de paño gris. ¡Cuál no es nuestro asombro al encontrar á Verlaine tan á su gusto y tan alegre como en su casa! Apenas echa de ver que está preso y contempla á sus camaradas con curioso interés. El edificio que habita le parece « una cosa muy linda. Esta formado de ladrillo rojo pálido, casi sonrosado por fuera; dicho monumento está encalado y embreado interiormente, con arquitecturas sobrias de acero y de hierro ». No hay siquiera la sombra de un *quorum pars* y consuela á su modo á sus compañeros de prisión:

Allons, frères, bons vieux voleurs,  
Doux vagabonds,  
Fils en fleurs,  
Fumons philosophiquement,  
Promenons-nous  
Paisiblement,  
Rien faire est doux.

Tal es nuestro hombre. Las calamidades no solamente no le abaten, sino que apenas le rozan. Soporta los inconvenientes de la vida y los castigos sociales como necesidades imprescindibles del mismo modo que se sufren los aguaceros, las ráfagas de viento y todos los demás fenómenos climatéricos; es más, él los soporta mucho mejor, porque llora cuando llueve y no cuando le encierran en el calabozo.

1. Ea, hermanos míos, mis viejos ladrones,  
Dulces vagabundos,  
Rateros en flor,  
Fumemos tranquilos con filosofía,  
Ea! paseemos  
Apaciblemente  
Dulce es la inacción!

Sus cóleras son infantiles, casi en seguida agota su vocabulario, porque no argumenta, ni discute, ni razona. Como los seres sencillos no sabe más que injuriar y cuando ha repetido hasta la saciedad los epítetos de pedante y « sinvergüenza », ya no sabe que decir; no tiene más recursos que los que pueden ofrecerle Cambronne y el sagrado nombre de la Divinidad.

El diablo sabe si fué su vida lamentable y desconsoladora; da lástima leer su correspondencia, pues la compasión nos martiriza los nervios. ¡Pobre paria! ¡Pobre Letián, como el decía de sí mismo, formando un anagrama con su nombre! Escuchémosle, pues hay algunos de esos billetes que él borroneaba sobre pedazos de papel y que admirarán á la posteridad incrédula al ver tan gran talento sumido en tanta miseria:

Mi querido Vanier, pienso entrar en un hospicio y voy á ocuparme de ello desde mañana. Sólo que desearía estar un poco decente al presentarme. Un par de calcetines y un sombrero verosímil, no harían mal efecto en el paisaje... ¡Cómo es posible conservar la dignidad cuando hay que pagarla á costa de hambre y frío! ¡En fin, voy á poder trabajar!

Hay en este billete, que tal vez no hubiera escrito Diógenes, en nuestros días, una hermosa prueba de valor. ¿Es realmente valor? La palabra parece demasiado fuerte. ¡Cómo se echa de ver que todo le es igual!

¡El hospital! ¡En fin, voy á poder trabajar! No puede darse más hermoso desdén de las formas ordinarias y convencionales de la existencia moderna y de lo que se llama el confort. Y cuando sale del hospital Tenón, confía en otro billete á Vanier que no puede marcharse porque ya no tiene pantalón, que está empeñado en el Monte de Piedad. Pide uno; aquí copio la carta autógrafa, para que no se me tache de exageración: « ¿Y el pantalón? De tres francos por lo menos, de verano y gris; ¡urgente! »

La carta se halla adornada con un croquis, — tenía por costumbre ilustrar con la pluma sus cartas, — y se ve á Verlaine en su cama sobre la cual baila en el aire el pantalón de sus sueños.

En sus más negras miserias, es decir en todos los momentos de su vida que no pasó en el hospital, cuando se halló empleado como escribiente en una compañía de seguros, cuando dió lecciones de francés en Inglaterra ó en los Ardennes, y cuando pedía á Vanier que le buscara un empleo « aunque fuese en la tripería », Verlaine supo mostrarse superior á su situación y despreciar suficientemente la vida para reír con la franca y amplia risa del niño.

Nació y vivió alegre, porque nada llegó á afligirle ni profundamente ni por largo tiempo. Sintió escalofríos, pero no dolores: sus poesías son cortas como sus emociones. En el intervalo sigue mostrándose alegre, descuidado, ocurrente, pilluelo. Cuando pasó su bachillerato

le preguntaron la definición de la bomba aspirante y de la bomba impelente y respondió: « Señor, la bomba aspirante es una bomba que aspira, y la bomba impelente, una bomba que impele. » ¿ Era esto prueba de simpleza? De ninguna manera, era más bien una ocurrencia de tunantuelo, que dejaba ya adivinar al bromista que había de rimar alegres farsas para la Exposición universal de 1867.

Más tarde mostrará siempre afición al ritmo y al tono de los estribillos populares de los pilluelos cuya chispeante alegría le seduce.

Max Nordau llamaría tal vez á esto onomatonomía; para nosotros es un picaresco eco de las coplas de la calle.

Reléanse estos billetes en los que anuncia á su editor el fin del trabajo que tiene entre manos; no puede darse nada más drolático: « Envío á Ud. 24 versos bastante divertidos para *Parallèlement!* Esto acabará por formar un lindo volumen. ¡ Terminado Peladan. *Rigolo!* »

Designaba con estas palabras el artículo sobre el Zar en la colección de los *Hombres de hoy día*, para la que anuncia en otra carta que ha terminado á Goncourt: « He terminado un morrocotudo Goncourt con patatas. Me debe Ud. diez francos por esta labor. »; Diez francos! ¡ Era la vida segura para quince días!; Por desgracia había por lo menos nueve francos para ajeno, por más que él haya dicho y siempre en forma muy ocurrente:

Desearía sin embargo que se supiese que no soy un bebedor de ajeno, ni tampoco un pesimista, y que no tengo veleidades de misticismo; soy y lo repetiré hasta la saciedad, un hombre muy digno en el fondo, reducido á la miseria por exceso de delicadeza, un hombre con debilidades y con exceso de hombría de bien, pero en todo y por todo *gentleman é hidalgo*. Habrá que encontrar alguien que escriba esto. ¡ Pardiez! puesto que se imprime lo contrario que es falso.

No hay nada más cómico que esta protesta de *gentry* por este desca-misado que no creía tal vez decir tanta verdad; porque la Genealogía del liejense Lefort asigna una nobleza auténtica á la familia de los Verlaine, señores de la aldea de Verlaine, en los Ardenes desde 1534. ¡ Pobre Lelián! No había heredado nada de ellos. Hasta fué comunista, — más bien que por convicción, por complacer á sus amigos. ¡ Gentleman! ¡ Hidalgo! No lo fué ni en su obra ni en su vida.

¿ Lo fué á lo menos en amor? ¡ Oh! ¡ por todas las duquesas del mundo, no hay que buscar en él el Lauzun de los salones! ¿ Queréis conocer sus madrigales? Inmediatamente sabréis á que ateneros porque cuando escribe á su muy amada, emplea flores que no dejan lugar á duda:

Lorsque tu cherches tes puces,

C'est très rigolo!

1.

Cuando te buscas las pulgas,  
¡ Qué cosa más divertida!

Lo que precede ha debido dejar entrever al lector cual sería la concepción del amor en aquel ser instintivo y desordenado que se hallaba tan cerca de la naturaleza. Estuvo muy lejos de ser hombre de mundo, pues de nada le hubieran servido los refinamientos discretos de la vida mundana. Él se va derecho al grano, si me atreviese á emplear una palabra cuya brutalidad va más allá de mi pensamiento aunque lo explica bien, diría que su animalidad no ve en la mujer más que un hermoso animal. No le pide ni conversación, ni vida interior ni pensamiento:

Front peu penseur, mais pour cela bien mieux!

Sólo atiende á las formas, y sólo pide goces sensuales.

Así pues no pudo comprender el siglo XVIII que interpretó á su capricho en *Fêtes galantes*. Expresó en parte la sensualidad y la desvergüenza; pero no llegó á penetrar el encanto de la mujer de aquella época, formado de gracia, de vivacidad, de ocurrencias, de matices, de ojeadas y de roces.

Quiere parecer jugueteo y resulta grosero; léanse *les Coquillages* á cuyo último verso aplica Víctor Hugo el calificativo de joya, sí, pero joya indiscreta.

¿ Qué será cuando la gasa de la historia no esfume las formas lejanas y cuando tenga el modelo á mano? Entonces no habrá más palabra para calificarle que la de bestialidad desenfrenada.

Verlaine intituló esta colección *Odes en son honneur*, no es ciertamente muy grande el honor de haber reducido á la mujer al papel de odalisca de harén; la mujer occidental tiene otro papel muy distinto.

Ésta es su concepción del amor terrestre. Su adoración por la mujer no es más que una desnudez escandalosa, á la que procede con sadismo. Aparece el salvaje y él mismo lo declara.

¿ Odas en su honor? ¡ Vaya un honor, que no es en el fondo más que desprecio y que niega á la mujer toda personalidad inteligente y hasta su nombre! En 1893 se hallaba en Londres, dando conferencias. En el extranjero, más que en su país le rendían homenaje, en Bélgica, en Holanda y en Inglaterra dió sesiones fructuosas y triunfales. Hallándose en Londres escribe á su amiga:

Aquí llevo una vida de baja, todo de balde, comidas terribles, teatros, cafés cantantes. Pero esto no me divierte nada. Preferiría estar junto á mi *Filomena* hasta cuando está de mal humor como le sucede... á veces.

*Filomena* era un descuido, porque la carta iba dirigida no á su amiga Filomena, sino á su amiga Eugenia. Él no se paraba en pequeñeces.

1.

Frente poco pensadora  
Por eso tanto mejor.

II.

31

Lo mismo le daba una que otra. Semejante equívocación pone de manifiesto su estado de alma y el poco interés que para él tenía la personalidad del instrumento de sus placeres.

Este instintivo y este primitivo no conoció sino el amor de los sentidos. Aun en este punto mostró una debilidad falta completamente de energía y una docilidad que le entregaba sin defensa lo mismo al influjo extraño que á las pasiones. Eugenia le dominó, le domó y se le impuso como hubiera hecho cualquiera otra, si hubiera querido. Pendenciera y huraña, le impuso su voluntad y le hizo trabajar amenazándole con el palo de la escoba si dejaba de escribir para ganarle dinero.

Refiérese que el poeta Delille tenía una esposa de este género que le pegaba para incitarle al trabajo. Chateaubriand le vió un día con las mejillas muy coloradas; la Sra. Delille había abofeteado á su marido por perezoso. Pagábanle los versos á seis francos cada uno y ella le encerraba bajo llave en su despacho, intimidándole la siguiente orden: « Anda á fabricarme monedas de seis francos. »

Y Marie Joseph Chénier escribía:

De ces vers-là le tiers vaut six francs pièce,  
Mais les deux tiers ne valent pas un sou<sup>1</sup>.

A Verlaine no le pagaban sus poesías tan caras, pero los procedimientos de fabricación eran los mismos. Los Goncourt han consignado este rasgo en su diario:

Me refiere Rodenbach que ha presenciado la celebración de un contrato entre Verlaine y el editor Vanier, en que éste no quería dar más que veinticinco francos por algunas poesías que acababa de escribir y Verlaine no las quería dar menos de treinta francos. El asunto terminaba teniendo Verlaine en una mano su recibo y no soltándole sino cuando tenía en la otra un luis y dos monedas de cinco francos, exclamando: « ¡Un sucio *Badinguet*<sup>2</sup> y dos monedas suizas! » Y como Rodenbach le felicitaba por su victoria, exclamaba: « ¡No, no, jamás hubiera cedido, pues me hubiera costado una trifulca! » Hacia alusión á la autoridad de la mujer con quien vivía.

Su voluntad anémica le dejó en amor, lo mismo que en todo lo demás de su vida, á merced de las peores dominaciones, que aceptaba como un manso animal siempre dispuesto al placer, ávido de caricias y de mimos y feliz con tener donde posar su cabeza, — aunque no se mostraba muy difícil en la elección. Esto da lugar á un paréntesis.

Hallo el más maravilloso ejemplo de esta docilidad en la evolución de su estética. No sé en realidad á qué escuela habría que agregarle, ni

1. El tercio de estos versos vale seis francos pieza, Mas los otros dos tercios no valen una blanca.

2. *Badinguet* es el nombre que, por desprecio, dieron los revolucionarios á Napoleón III. (N. del T.)

qué escuela podría agregarse á él, porque perteneció á todas según los momentos y las influencias: Clásico, romántico, parnasiano, simbolista y decadente; sería fácil sacar de sus obras las pruebas de que fué alternativamente todo esto. Osciló al impulso de todos los vientos y se inclinó á todas partes. Barbey d'Aureville escribía: « Un Baudelaire puritano, combinación fúnebremente extraña; sin el talento neto de Baudelaire, con reflejos de Hugo y de Alfred de Musset, acá y acullá. Tal es Paul Verlaine. Ni más ni menos. Hablando de no sé quién, ha dicho en cierto lugar: Elle a l'inflexion des voix chères qui se sont tuées<sup>1</sup>.

« Cuando se escucha á Verlaine, se desearía que no tuviese jamás otra inflexión que esta. » Hubiera sido lástima. Teodoro de Banville, Leconte de Lisle y Hugo asediaron á su vez su espíritu. ¿ No se nota la cadencia misma de las estrofas de Musset en estos versos:

Ce qu'il nous faut à nous, les suprêmes poètes,  
Qui vénérans les Dieux et qui n'y croyons pas,  
A nous dont nul rayon n'auroit nos têtes,  
Dont nulle Béatrix n'a dirigé les pas,

A nous qui ciselons les mots comme des coupes,  
Et qui faisons des vers émus très froidement,  
A nous qu'on ne voit point, s'en aller, lents, par groupes  
Harmonieux au bord des lacs en nous pâmant;

Ce qu'il nous faut à nous, c'est aux lueurs des lampes  
La science conquise et le sommeil dompté,  
C'est le front dans les mains du vieux Faust des estampes,  
C'est l'obstination et c'est la volonté<sup>2</sup>.

El parnasiano inventaba sabias disposiciones de estrofas que hubieran aceptado Banville, Gautier ó Sainte-Beuve y que hubieran regocijado antes que ellos á Ronsard ó á du Bellay y aun antes que á éstos últimos á Meschinot, Crélin y á los grandes retóricos.

1. Ella la inflexión tiene De las voces queridas ya calladas.  
2. Lo que necesitamos los supremos poetas Que adoramos los dioses sin creer en su deidad, A los que nunca un rayo sirvióles de aureola Ni por Beatriz alguna se dejaron guiar;

Los que cual áureas copas palabras cincelamos, Y hacemos versos tiernos con la mayor frialdad; A quienes nunca vieron en grupos armoniosos En actitud extática, los lagos rodear;

Lo que necesitamos, á la luz de la lámparas Es conquistar la ciencia y el sueño dominar; Es, la frente en las manos cual legendarios Faustos, Tener tenaz empeño, poseer la voluntad.

Fué también, cuando quiso, ó mejor dicho cuando quiso Rimbaud, simbolista, vago, mórbido, abstruso, incomprensible; pero los demás lo hacían por juego, mientras que él se consagraba á este juego poético con toda su dulce y plena sinceridad, como lo declaraba en sus confesiones, cuando se proclamaba « cándido y bueno ».

Cuando Rimbaud ponía sus vocales en colores, y cuando René Ghil introducía en su paleta los divertidísimos correctivos que todo el mundo sabe, ellos y los demás se burlaban y se deleitaban, mientras que Verlaine hizo con sinceridad y seriedad versos amorfos, versos claudicantes de diablo cojuelo, buscó el verso escazonte y los versos de nueve pies<sup>1</sup>, así como los de once, los de trece y hasta los de catorce. Suprime la cesura, la alternativa de las rimas, la rima misma y hasta la asonancia para no conservar sino un vago movimiento cadencioso; Banville le decía: « ¡ Caéis en la música! » ¿Cómo es posible que sea éste el mismo hombre que repudió y censuró agriamente más tarde todos estos procedimientos, que los llamó « recursos necios, y que fué el primero en reirse del tiempo en que se había divertido con semejantes pamplinas? Al revés de las teorías aplicadas en ese dismantelamiento del verbo francés y ese velado obscurecimiento de la idea, escuchemos al poeta en otro instante de su vida y opongamos las teorías de Verlaine á las del mismo Verlaine:

Ya se sabe que yo tengo buen sentido; acaso no tenga otra cosa, pero lo tengo. ¿Qué es eso del simbolismo?... No lo entiendo... Debe ser una palabra alemana... ¿Qué es lo que eso puede querer significar? Por lo demás, me importa un comino. Cuando yo sufro y lloro sé muy bien que no se trata de un símbolo. Todas esas distinciones son puro alemanismo; ¿qué puede importarle á un poeta lo que piensen de los sentimientos humanos Kant Schopenhauer, Hegel, y todos esos alemanes? Por mi parte soy francés, que se entienda bien, y un francés patriota ante todo. No veo nada en mi instinto que me obligue á buscar el por qué de mis lágrimas; cuando soy desgraciado, escribo versos tristes, y se acabó... Esto mismo lo repite en verso:

L'art, mes enfants, c'est d'être absolument soi-même<sup>2</sup>.

En otro pasaje es muy explícito y quema lo que ha adorado:

Para que haya verso, es preciso que haya ritmo. Al presente se hacen versos de mil patas. Eso no son versos, son prosa, y á veces es simple algarabía... ¡Sobre todo eso no es francés. ¡No, no es francés!

Encuentro además en su correspondencia, en 1887, esta profesión de

1. En esto imitan el procedimiento de Verlaine los jóvenes poetas decadentes é impresionistas de España y de América que dicen los mayores extravíos y monstruosidades, convencidos de que hacen poesía colorista. Y del mismo modo proceden siempre que imitan las extravagancias de los poetas franceses. (N. del T.)

2. El arte, amigos míos, es ser siempre uno mismo.

fe dictada por la sabiduría y el buen sentido, así como por el desdén de todas las escuelas:

Todo es hermoso y bueno venga de dónde venga y cualquiera que sea el procedimiento empleado... Clásicos, románticos, decadentes, símbolos fastidiosos, asonantes ó ¿como diría yo? hechos expresamente oscuros con tal que me procuren la emoción ó simplemente que me encanten, todo ello lo admito.

He aquí seguramente un decadente de escasas convicciones. ¿Cómo es que su arte poética admite, según las épocas, tales divergencias y tales retractaciones? En primer lugar por una razón, y es porque su naturaleza y su temperamento no le habían destinado para cultivar con gusto el simbolismo. Cierta día decía: « ¡ Absconso! ¿Qué demonios me quieren dar á entender con su absconso? » Él no es ni absconso, ni abstracto, sino por el contrario, esencialmente concreto.

« Como paisajista tiene Ud. croquis y efectos de noche enteramente picantes », le escribía Sainte-Beuve, después de haber leído sus *Poèmes saturniens*. No hay nada más exacto. Verlaine es un paisajista enamorado de las líneas, de las formas y de los colores y ha escrito versos que son evocaciones precisas en medio de su sobriedad. He aquí un croquis de Bournemouth:

Le long bois de sapins se tord jusqu'au rivage,  
L'étroit bois de sapins, de lauriers et de pins,  
Avec la ville autour déguisée en village:  
Chalets éparpillés, rouges dans le feuillage,  
Et les blanches villas des stations de bains.

Le bois sombre descend d'un plateau de bruyère,  
Va, vient, creuse un vallon; puis monte vert et noir,  
Et redescend en fins bosquets où la lumière  
Filtre et dore l'obscur sommeil du cimetière<sup>1</sup>.

En sus confesiones nos confía:

Sobre todo tuve gran precocidad en los ojos; en todo me fijaba, no se me ocultaba ninguno de los aspectos de las cosas; andaba sin cesar á caza de colores, de formas y de sombras. Me fascinaba la luz del día, y aunque la obscuridad me hacía cobarde, me atraía la noche, me empujaba á ella cierta

1. Largo bosque de abetos al mar baja sinuoso;  
Bosque estrecho de abetos, de laureles y pinos  
Con la ciudad en torno de aldea disfrazada,  
Chalets diseminados, rojos en la enramada,  
Y las villas muy blancas de los baños marinos.

De un matorral de brezos baja el bosque sombrío.  
Va y viene, forma un valle; aun sube negro y verde.  
Baja luego en bosquetes donde la luz se pierde,  
Se filtra y dora el sueño del cementerio umbrío.

curiosidad, y buscaba en su seno no sé qué, algo blanco, algo gris, matices tal vez. Sin duda debí á estas disposiciones, si puedo expresarme así, el tener una afición muy precoz y muy real á los borrones de tinta y de lápiz y á desleír laca carminada, azul de prusia, y goma, en todos los pedazos de papel que me caían en la mano. Dibujaba figuras epilépticas que iluminaba ferocemente; todo ello lo hacía con dos trazos de pluma, de lápiz ó de pincel. He conservado la manía de borrar las márgenes de mis manuscritos y el cuerpo de mis cartas íntimas con ilustraciones informes que ciertos viles aduladores fingen encontrar graciosas.

Estos croquis marginales de los manuscritos, cartas y esquelas de Verlaine, son interesantes; tienen una nota constante de alegría hasta cuando ilustran peticiones de dinero y lamentos de miseria. Por ellos se ve de qué modo, la idea, lejos de refugiarse en lo nebuloso y en lo impreciso, busca siempre, naturalmente y por sí misma la forma definida, concreta y sensible; es lo contrario del simbolismo.

Aun en medio de estas fluctuaciones, ¿no se nota la marca de esa debilidad flotante que forma el fondo de su carácter y gracias á la cual se pega á una cosa ó se despega de ella con igual facilidad según el impulso exterior y el viento que pasa? Obedeció á los « símbolos » como obedeció á Filomena, y como obedeció á Dios, por pasividad indolente é impotente, en busca siempre de una voluntad exterior. Pero solo Dios hizo revivir la pequeña y tembladora llama de su entusiasmo que iluminó de pronto el santuario secreto de su vida interior y de su alma.

Hemos visto lo que es el amor humano en las obras de Verlaine. Es una de las formas del amor que ha cantado, pero no la más noble. Después tomó su desquite.

El hombre oscila entre dos términos, bajeza y elevación, pero no dista igualmente de ellos. Por lo que hace á la bajeza, no se hunde largo tiempo; se desciende rápidamente la pendiente, y se toca al fondo lleno de saciedad, de repugnancia, y de odios. El dominio de los instintos tiene muy estrechos límites. En cambio al subir, no hay límites. Verlaine ha evolucionado entre cielo y tierra y su obra ofrece una mezcla singular de las peores bajezas y de las más sublimes meditaciones. Corrigió sus amores humanos con el amor divino. Éste lo inspiró sus más puras obras maestras. Como Pascal, tuvo su noche. Se hallaba en la cárcel. Había sabido durante el día que el tribunal había dictado una sentencia anulando su matrimonio. Experimentó una horrible sensación de vacío, de abandono y de destierro. Sufrió, y sabido es que el sufrimiento es el gran proveedor de las religiones. La des-

gracia, ese caballero enmascarado — le estrujó el corazón y se lo hizo nuevo. Leyó todo el día el catecismo y por la noche experimentó una crisis:

No sé qué me levantó de pronto y me arrojó fuera de mi lecho sin que pudiese tener tiempo de vestirme, y me prosternó entre lágrimas y sollozos á los pies del crucifijo. Sólo me levanté á la hora oficial de despertarse, es decir por lo menos dos horas después de este pequeño milagro moral.

Levantóse en efecto cristiano, místico, extático, ferviente, devoto, vidente y se prosternó ante la cruz, lleno de fe, de sinceridad, de convicción piadosa, que el P. Pacheu, de la Compañía de Jesús, pudo admirar y aprobar sin reserva en nombre de la Iglesia misma:

Todo en él es pura inspiración cristiana y franca ortodoxia: es la verdadera convicción por la penitencia y la eucaristía; no las variaciones de una religiosidad vulgar, sino el canto de un alma que vuelve hacia los brazos abiertos de la Iglesia como vuela la avispa hacia la azucena abierta.

Y en otra parte añade: « ¿Qué cristiano y hasta qué religioso no haría suya la *Prière du matin* »? El homenaje no puede ser más formal. Pero su conversión tuvo sus eclipses, sus extravíos y sus olvidos. No hubiera sido bueno que el P. jesuita Pacheu se hubiese encontrado en la iglesia la mañana en que Verlaine, después de una noche de orgía, lleno de tristeza y de hastío, se paró ante la puerta apostrofándose á sí mismo: « ¡Puerco, puerco! ¡No eres más que un puerco! »

Anatole France ha referido este drama:

Acometido de un violento deseo de confesarse, entró en la iglesia que acababan de abrir, se acercó á un confesonario y llamó con el dedo diciendo con suavidad: « ¿Padre mío, padre mío? » Nadie respondió; llamó más fuerte, pero en vano. Entonces, alza la voz y en medio de la iglesia muda, grita cada vez más alto: « ¡Hágama el favor de confesarme!... ¡Eh, señor cura!... ¡Eh! ¡señor vicario!... » Nadie respondía. Entonces desesperado, empezó á golpear el confesonario con su palo. Al oír aquel ruido formidable, acudió el suizo que estaba barriéndolo la sacristía y le preguntó lo que quería; le declaró que á aquella hora no estaban visibles ni el cura ni el vicario y le mandó que saliera. « ¡Cómo! ¿Me van á dejar morir sin confesión? » exclamó Verlaine. ¿Es esto acaso peor que en el 93? ¿No oyes lo que te digo, viejo Barrabás, te digo que quiero reconciliarme con Dios? » (y agregó un terrible juramento)... Echado á la puerta por el suizo, el pobre Lelian entró á consolarse en casa de un tabernero y, gracias al ajeno, lo consiguió, á lo menos por el momento.

Esto no era muy ortodoxo que digamos. Tuvo sin embargo la fe del creyente y del apóstol. En el hospital Saint-Antoine, se empeñó en convertir á su vecino de cama, antiguo soldado de las compañías disciplinarias, el cual se burló de él y no le llamaba más que « rata de iglesia ».

Enfermos y enfermeros tomaron al poeta por un cura secularizado. Esta piedad ferviente le inspiró los más hermosos versos que se hayan podido dirigir al cielo. La colección *Sagesse* es una obra admirable por el acento, la convicción, la conmovedora elocuencia y la sagrada contrición; ni Corneille en sus poesías santas, ni Luis Racine á quien envidió Verlaine, ni Lamartine, ni menos aun Musset lograron llegar á esa elevación conmovedora, á ese fervor, á esa languidez celeste, á esa piedad humilde y á ese sacrificio de sí mismo. ¡Qué poderoso anatema contra las voces del siglo, voces del orgullo, de la carne, y del odio, á las que obliga á sucumbir ante las voces de lo alto!

¡Qué efusión de todo su ser que se derrite de amor ante la coronación de espinas:

La couronne d'épines est énorme et cruelle,  
Sur le front inclinant sa pâleur fraternelle  
Vers l'ignorance humaine et l'erreur du pécheur<sup>1</sup>.

Un santo no tiene meditaciones más hermosas:

O mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour,  
Et la blessure est encore vibrante,  
O mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour.

J'ai l'extase et j'ai la terreur d'être choisi;  
Je suis indigne, mais je sais votre clémence.  
Ah! quel effort! mais quelle ardeur! Et me voici<sup>2</sup>.

¡Qué humildad la de esta alma que se abisma por completo en el temor del Señor!

Seigneur, j'ai peur. Mon âme en moi tressaille toute.  
Je vois, je sens qu'il faut vous aimer. Mais comment,  
Moi, ceci, me ferai-je, ô mon Dieu, votre amant,  
O Justice que la vertu des bons redoute?<sup>3</sup>

1. Es enorme y cruel la corona de espinas;  
De palidez fraterna llena la frente inclina  
A la humana ignorancia y al yerro del pecado.
2. ¡Oh Dios mío! mi pecho habéis de amor herido,  
Y aun palpita la herida.  
¡Oh Dios mío! mi pecho habéis de amor herido.  
Siento el terror y el éxtasis de haber sido escogido;  
Soy indigno, mas veo cuanta es vuestra clemencia  
¡Oh qué ardor y qué esfuerzo! Aquí me veis rendido.
3. Tengo miedo, Dios mío, mi alma toda se agita;  
Comprendo que es preciso amaros, ¿mas qué hacer?  
¡Me trocaré, Dios mío, en vuestro tierno amante,  
¡Oh justicia que al santo tanto le hace temer?

O Seigneur, exaucez et dictez ma prière,  
Vous la pleine sagesse et la toute bonté,  
Vous sans cesse anxieux de mon heure dernière,  
Et qui m'avez aimé de toute éternité.

Y ¡qué imágenes tan conmovedoras, tan graciosas y tan llenas de cándido simbolismo!

Donnez-lui l'oraison comme le lit de mousse  
Où ce petit oiseau se baigne de soleil<sup>1</sup>.

Y este otro pasaje:

Quand Maintenon jetait sur la France ravie  
L'ombre douce et la paix de ses coiffes de lin<sup>2</sup>.

¿No es una evocación plácida de las aulas de Saint-Cyr donde entre el obscuro maderamen de las paredes, se deslizaban los pasos discretos de las religiosas con sus blancas cofias? Y en esta devoción no veo únicamente la necesidad de un consuelo después de la desgracia, lo cual constituye el más vulgar de los motivos para entrar en religión; descubro también una necesidad de ser dominado, invadido y absorbido por una fuerza y por una idea. Su nativa debilidad anduvo siempre en busca de apoyos. El que le dió el mundo, cuando lo buscó, era frágil. Encontró uno mejor en el cielo y se dejó domar con delicia y dominar por la violencia impetuosa de la fe. En ninguna parte ni en nada supo dirigirse por sí solo. En poesía prefería los poemas de forma fija, cuya rigidez procuraba á sus versos un marco firme, un sostén natural. Siempre tuvo necesidad de una ranura por donde deslizarse, ó de un muro donde apoyarse.

En la vida, los ó las que le aconsejaron hicieron de él lo que quisieron, y bien lo sabe el diablo. Su molición aceptó amorosamente los auxilios de la fe que salva, que guía, que sostiene, que permite abdicar su propio ser y confiarse ciega y absolutamente á la voluntad de lo alto. El cielo heredó el tesoro de bondad, de dulzura y de docilidad que llevaba en sí, y que la vida había echado á perder. Verlaine se elevó á los más sublimes acentos de la fe mística, y el hacerlo constar es el mayor honor que puede hacersele: es superior á los que recibió en vida ó á los que hubiera podido esperar. Si no formó parte de la Academia

¡Oh Señor, escuchadme, dictadme mi plegarias!  
Todo sabiduría sois y toda bondad,  
Ansioso siempre estáis por mi postrer instante  
Pues que me habéis amado de toda eternidad.

1. La oración concededle como el musgoso nido,  
Do el tierno pajarillo toma un baño de sol.
2. Cuando en Francia encantada Maintenon difundía  
La paz y dulce sombra de su cofia de lino.